

ATRAPAR A UN CÓNDOR

Horacio Martín Rodio¹

Para atrapar a un cóndor es necesario encontrar a alguien que pueda explicarnos cómo hacerlo. Casi siempre es un anciano, ya que el modo de atrapar un cóndor suele ser un secreto custodiado por los viejos; pero sucede que los viejos, en estas cosas, se vuelven muy ladinos. Lo mezquinan: primero, porque para saber, el que escucha debe merecerlo; y después, porque haber atrapado un cóndor es algo que los hombres admiten sólo cuando están despidiéndose. Tampoco es cuestión de andar escuchando las pavadas de cualquier viejo fabulador. Haber atrapado un cóndor es algo que se siente, se ve, se lleva.

Hay que estar atento.

Siempre es algo que le ha sucedido a otro, un ajeno. En esto no existe el amigo del amigo del amigo. Si alguien es hijo de quien atrapó un cóndor será, por siempre, nada más que eso: el hijo del que atrapó el cóndor; por lo menos hasta que sea capaz de atrapar el suyo. No tiene remedio. Es pesado andar en la vida siendo el hermano, el cuñado, el padre, o el hijo, del que atrapó el cóndor; por eso, casi siempre, todos los hombres de una familia comparten la proeza. Pero no la cuentan. No se anda haciendo alarde de haber atrapado un cóndor. Acá todos se conocen y nadie quiere ser el hijo de un fanfarrón, el padre de un botarate, o el hermano de un personaje poco serio.

1. Cuento ganador en la modalidad de castellano del XXXIII "Concurso de Cuentos Villa de Errenteria" organizado por Ereintza Elkarte, con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria.



Ilustración: Xabier Obeso

Las mujeres sospechan de los tipos que andan contando que atraparon un cóndor. No creen que puedan ser hombres que sirvan para siempre. Cuando alguien ha atrapado un cóndor, se sabe; pero por otros medios. Porque si hay algo que tiene de importante el hecho de atrapar un cóndor, es hacerlo sin testigos.

Uno tiene que agenciarse un potrillo, de ser posible criarlo para ese fin; o puede comprarlo también, pero no es lo mismo. El potrillo que nació para atrapar un cóndor lo muestra desde chico, es distinto; o tal vez el que lo cría lo ve distinto. Hay que esperarlo seis meses, el animal debe poder llegar hasta los dos mil metros de altura por sus propios medios, y obedecer al bozal. No se puede andar tironeando de un potrillo hasta los dos mil metros de altura. Hay que elegir un lugar amplio, tiene que haber cancha para correrlo al cóndor, una pampa es lo mejor; pero hay pocas a esa altura.

Hay que refregarse al animal durante el viaje, uno debe oler igual que la presa, es importante el olor; el cóndor es bicho muy oledor, y visteador

también: es desconfiado el pajarraco. Por eso lo mejor es un potrillo, un animal inusual a sus costumbres, podría ser un ternero también; pero ¿quién sube un ternero hasta esa altura? Una llama, un venado, una oveja o una cabra no sirven. El bicho sospecha. Y además, no alcanzan una oveja o una cabra para someterlo.

Al potrillo hay que matarlo de un tajo en el cogote. Para que sangre mucho y sufra menos. Y sí, qué se va a hacer, nunca es barato ni amable atrapar un cóndor. Hay que hacer correr mucha sangre. El olor de la sangre disipa las sospechas. El olor de la sangre en el aire de las alturas corre como el sonido entre las montañas.

Entonces el cóndor viene.

Quietas las alas, mudo en el aire, sin agitar el silencio, planeando en círculos, el cóndor baja. Su sombra llega primero. Su sombra pasa prudente entre las montañas. Su sombra nos advierte de la mirada que la sostiene. Uno debe ir cubierto con un poncho, de ser posible pardo o sin colores llamativos. Uno debe simular ser una roca inmóvil debajo del poncho. Ni respirar debe. Muy bicho es el pájaro. Además, de carácter firme; un atisbo de sospecha y se va sin dar un picotón siquiera. Hay que dejarlo comer al cóndor, debe comer hasta hartarse, hasta que la pereza lo demore entre bocado y bocado, hasta que sólo la gula le impida marcharse.

Pero hay que estar atento. Cuando empieza a mirar para el lugar desde donde se ha llegado, hay que desatar todo junto al deseo de agarrarlo, hay que aturdirlo, atorarlo, asustarlo. Hay que irse encima de él, brazos abiertos, poncho al viento: todo grito y coraje.

Primero el animal va a tratar de volar, hasta que entiende que no puede, que el peso no lo deja; pero abrirá las alas para hacerlo: tres metros de alas abiertas, tres metros o más. Alas que son capaces de cancelar la ley de gravedad; por eso es importante prenderlo en esos primeros intentos, cuando se encuentra aturrido y no piensa con claridad porque toda la sangre se encuentra ocupada en el proceso digestivo, cuando el viento se le enreda en las plumas como la culpa se enreda en las polleras de las viejas.

Después de eso hay que correr, hay que correr mucho y más rápido que él, convencidos

que nuestras ganas de agarrarlo cansan menos que su miedo a ser atrapado. El cóndor no nació para correr, es terriblemente torpe corriendo, puede incluso dar risa; pero no hay que confiarse, algunos se escapan. El cóndor es un rey. Muchos pueden alcanzar y atrapar a un rey, pero no a todos les cabe en las manos un rey.

El problema es alcanzarlo, hay que arrojarle el poncho, saltarle encima, inmovilizarlo; pero sin hacerle daño, eso es lo peliagudo. Tener ese inmenso animal entre las manos, que lucha, que no se entrega, al que no se le puede dañar y que a su vez puede lastimarnos seriamente. Para evitarlo, hay que llevar un delantal de cuero, sujeto en las piernas y en el cuello; sabe usar las garras el cóndor, y sabe adónde están las partes blandas de todos los mamíferos. Hay que cuidarse mucho de las garras y el pico. Agarrar, se agarra un cóndor, el tema son las ganas de mantenerlo sujeto, la convicción de sostenerse en la empresa. Con él en los brazos, muchos flaquean.

No es para cualquiera el cóndor. El pájaro también es consciente de eso.

Por eso hay que inmovilizarlo, para que entienda que ha sido vencido. Sin dañarlo. No se daña un pájaro que vuela tan alto. Alguien puede extrañarlo allá arriba. Alguien puede preguntar por él. Ése es el sentido del juego, saber que al soltarlo, algo de nosotros volará, se elevará y se perderá en el cielo con el cóndor. Después de todo, uno suele perder las cosas para volver a encontrarlas alguna vez. Pero antes hay que mirarlo a lo profundo de su ojo de asombro, él debe vernos, debe entender que no es el único rey; luego hay que darle vuelta a la cara y mirarle el ojo de miedo; él debe sentir en nuestra mirada que no se daña un cóndor. Él debe saberlo. El mensaje que se lleve cuando se marche debe ser claro. No se debe soltar nunca el cóndor con miedo, hay que ser paciente y firme. Cuando se ha calmado, cuando ya está tranquilo porque entiende que todo es un juego, con mucho cuidado, de golpe, hay que dejarlo libre.

Se parará el cóndor y probará sus alas, tomará carrera una o dos veces, pero al fin lo habrá de lograr, siempre lo logra, el cóndor nunca se muere en las vísperas. Se irá entonces el cóndor, dando giros cada vez más amplios para elevarse, alejándose y volviendo. Aunque parezca extraño, nos

usará de referencia; pero mirando hacia abajo de otra manera. Se irá sabiendo algo nuevo.

Uno también se quedará mirando hacia arriba de otra manera. Sin querer, levantará una mano cuando el cóndor venga. Él verá esa mano, el cóndor todo lo ve.

Eso es todo. Uno ya es alguien que ha atrapado un cóndor. Así dicho, no es gran cosa; pero al volver al pueblo, la gente sabrá en el tranco, en la mirada, en las palabras que distraen sin negar, y en los silencios que omiten confirmar, si se ha tenido éxito. Eso se ve, se siente, se lleva. Nadie dice. Nadie pregunta. Pero al otro día se comenta que hay alguien más que ha atrapado un cóndor, alguien distinto; o un pobre payaso que ha fracasado en el intento de algo que le quedaba muy grande.

Así visto, parece poco; pero hay que sostenerse en el empeño. Hay que animarse a matar por un sueño, tener la sangre fría, la decisión, la paciencia y el cuidado. Un sueño, que bien visto, no agrega ni quita. Se puede pasar la vida sin desmedro y tranquilamente sin atrapar un cóndor, pero no es lo mismo. Incluso, en esta pobreza, sin ponerlo en palabras, en palabras con sonido, tímidamente al principio, algunos, con el tiempo, suelen llegar a preguntarse, si ha valido la pena la muerte de un potrillo todo el asunto ese.

Sin embargo, la vida, insolente, jamás ha omitido despejar esa duda en quienes lo han logrado y en los que no. Los primeros suelen ser más propicios a las buenas despedidas. A los otros, cuando les llegó la mala hora, les escuché decir más de una vez, que sentían no haber vivido lo suficiente, o que tenían la sensación de no haber aprovechado su tiempo.

Eso nomás les digo.

